

SIN EL CAMPO NO HAY FUTURO

Por
I.C. LUIS GONZALO MEJÍA C.
lgm@une.net.co



Breve relato en primera persona

El país vive un ambiente de optimismo y esperanza por los proyectos de infraestructura que están a punto de comenzar, proyectos que buscan sacar de su rezago los sistemas de comunicación, para llevar a la privilegiada Colombia a ser un país moderno.

Estas obras deben ir de la mano con el desarrollo del campo, nuestra despensa de alimentos, pues sin este no habrá futuro, como ya lo han entendido países altamente industrializados como China, que anda de compras por el mundo asegurando el alimento para su enorme población de fabricantes de consumo.

El campo exige medidas urgentes, pero no tendrán éxito si las ciudades siguen creciendo alentadas por autoridades propiciadoras de su crecimiento innecesario como es el caso de Medellín y por el desinterés de estas autoridades en entender que la sostenibilidad de las ciu-

dades depende de su desarrollo armónico con las regiones.

Para resolver esta situación de abandono, empiezan a darse pasos como el Pacto Agrario y la expedición del Decreto 1567 de 2014, el cual fija los caminos que deben seguirse para la cofinanciación de las propuestas presentadas para lograr ese necesario desarrollo rural.

A su vez en La Habana se analiza como tema prioritario la situación del campo y su Desarrollo Rural Integral, aspecto que inquieta a muchos, tal como se desprende del numeral 3 del documento “Reflexiones del Consejo Gremial sobre el proceso de negociación con las Farc en La Habana”. Con respecto a estos temores vale decir que el único camino para llegar a ese campo lleno de equidad y desarrollo es el que los grandes poseedores de tierra compartan con aquellos que no la tienen.

En este punto debo pasar a hablar en primera persona y referirme a un hecho que puede mostrar algún camino para las condiciones actuales del país y que refleja la que ha sido siempre mi visión del campo.

Finalizando el siglo 19, mi abuelo *Ricardo Mejía* sembraba progreso en las feraces tierras del Suroeste antioqueño. De sus propiedades quedó una, relativamente pequeña, de unas 20 hectáreas, con unos suelos volcánicos maravillosos para el cultivo del café, localizada en la vereda La Clara, del corregimiento Santa Rita, de Andes, a la cual le dediqué parte de mi tiempo con el convencimiento profundo de la importancia que tenía el campo para el desarrollo del país.

La situación de pobreza que veía por doquier, distante de la bonanza pregonada por la Federación capitalina, me llevó a

tomar la decisión de poner mi grano de arena en la búsqueda de una solución para esta situación, y así fue que en 1998 decidí donar la finca a varias familias pobres. Previamente la limpié, la aboné y el 19 de septiembre de ese año, Día de Amor y Amistad, en la notaría de Andes firmé la escritura de donación y puse solo dos condiciones para las familias que iban a ser escogidas: que no tuvieran tierra y que fueran amantes de la tierra.

Debo mencionar que a un lado de la finca, cruzando la quebrada La Clara, está la escuela de la vereda, confinada en un estrecho lote, por lo cual destiné dos hectáreas sembradas de café para que los niños pudieran hacer allí sus prácticas y con los rendimientos que les diera la cosecha de este pedazo de tierra, pudieran suplir sus necesidades básicas, lo cual ha venido sucediendo así desde ese año.

La fecha para la donación no fue escogida al azar, pues corresponde al comienzo de la cosecha grande, y lo hice así, para que los nuevos poseedores pudieran disponer de recursos para empezar ese nuevo proyecto de vida. Aún recuerdo con alegría la comunicación que me enviaron en febrero del 2000 las 7 familias que fueron a vivir allí, en la cual me informaban que, además del café, la finca estaba “... generando 15 empleos directos y un sinnúmero de beneficios como es el revuelto y las especies menores...”.

Mientras muchos quitaban, tomé la decisión de dar, y tal vez este ejemplo pueda replicarse por todo el país, lo que sin duda alguna ayudará a devolverle al campo un futuro y les quitará los temores a muchos latifundistas ■